

¿En la blanda querrela
de qué río lejano
tu vago azul de estrella
humedeció mi mano?

¿En qué día de oro
descubrí tu latido,
verso leal—tesoro
pequeño y conmovido—?

MUSICA GRIS

Gris en perla de la sala.
Presencia oscura de un piano.
Sobre el silencio, resbala
tímidamente, una mano...

Es una música vieja
y nueva—por olvidada—
que ríe, no dice nada
y, sin embargo, se aqueja.

La música preferida
por la mujer que adoramos
cuando cantaba la vida
y daban olor los ramos...

Tórnase a ver el camino
con noble mirar de ensueño:
y vuelve a brotar un trino
claro, sí, mas ¡tan pequeño!

¡Ah lo que el dolor musita
de raro en la perla clara!
¡Tanta tristeza infinita!
¡Tanto afán!... ¡Si se expresara!

Es de noche y hay pereza
de reanudar lo vivido...
Una romanza que empieza,
otra que borró el olvido,

y esta, que, la tarde aquella,
abierta quedó en el piano
como esperando una mano
que arrancase su querrela:

partitura silenciosa
—crepúsculo en el marfil—
oro lento de una rosa
caída sobre el atril...

Música interior que ata
un río de perlas finas,
como la luna de plata,
en la noche, las colinas...

Música gris, mar en calma.
Menos que armonía, aroma;
suave aspiración del alma
que en llanto de estrella asoma.

Un resplandor en la sala
y, en el resplandor, un piano...
Sobre el silencio, resbala
—no vista, leve—una mano.

La política ítalo-americana

LA misión extraordinaria del honorable Giuriati, así como la próxima visita del príncipe Humberto de Saboya, denuncian en el Gobierno italiano un concepto nuevo de las relaciones con los países latinos de América. Sin duda, el jefe del Gabinete, Sr. Mussolini, ha comprendido la necesidad de substrair esas relaciones a su antigua rutina, para vitalizarlas con expresiones de una significación excepcional, a fin de que el creciente acercamiento, siempre deseado, se acentúe con más fuerza.

Las circunstancias creadas por la posterioridad de la guerra han puesto de relieve la gravitación que han adquirido los pueblos de esta parte del continente en el vasto intercambio mundial, y han revelado, también, de que es menester considerarlos con un criterio distinto del que ha predominado hasta ahora. Las viejas y grandes potencias de Europa solían—y aun suelen—aplicar a la diplomacia americana un sentido puramente tradicional, que no excluye en este caso un vago dejo despectivo que apenas entibia la estricta uniformidad del procedimiento protocolar. Asociábase a ese mantenimiento mecánico de vinculación un espíritu de inocultable indiferencia. La guerra ha demostrado a los directores de esas potencias la gravedad de su error. En efecto, las Repúblicas de más fisonomía y volumen de América desempeñaron, durante el proceso trágico, un papel primordial de proveedores, y su apoyo moral cobró una importancia cuya medida se diseñó en el mismo interés demostrado para obtenerlo. Sin embargo, la enseñanza de ese período lúgubre de la historia, así como las comprobaciones concluyentes que le siguieron, no han influido de un modo equivalente en los rumbos de la política europea. El Sr. Mussolini, que tiene una visión tan individual de las cuestiones públicas, se ha propuesto reaccionar contra esa inercia, y nos ofrece, con los actos de aproximación a que nos referimos, la perspectiva de un programa renovador: con ella señala el comienzo de una orientación más elevada y más clara, que abarca, en su profundidad y en su amplitud, las conveniencias recíprocas de naciones destinadas a compenetrarse espontáneamente por la predilección de su simpatía.

No podía suceder de otro modo. Lo que caracteriza, precisamente, la singular eficiencia del señor Mussolini—sin que ello importe juzgarlo bajo aspectos que no nos corresponde—es su aguda concepción práctica de las

cosas. Se ha dado cuenta de que las repúblicas que designan con su riqueza y con su progreso la civilización de la América del Sur, y que por tantos motivos se ligan al interés diverso de los núcleos centrales de la cultura y de la economía de Europa, no debían apreciarse con un sentimiento artificialmente jerárquico y burocrático, según lo hacen algunos Gobiernos, sino con la convicción de que se está en presencia de familias, nacionales que han logrado ya una personalidad vigorosa y de que colaboran en las actividades del mundo con una coherencia cada vez más honda y cada vez más decisiva. Al dar a las corrientes de convivencia un impulso poderoso, prueba el señor Mussolini que aborda ese problema con ideas que han de traducirse rápidamente en notorios beneficios. Y si este juicio y esta actitud se fundan en una verdad general en lo que respecta a los países americanos, lo es mucho más en lo que se relaciona con el nuestro. La Argentina ha vivido, desde la etapa inicial de su existencia de Nación, en una armonía constante con el espíritu italiano. Sin abandonarse a influencias excluyentes, ni constreñir la formación de su modalidad a tipos restringidos, sino cediendo en esto a la espontaneidad ecléctica que define su índole, el pueblo argentino ha acogido al hombre de Italia con una cordialidad que fué, desde luego, un estímulo cálido para determinar la venida de las densas masas inmigratorias. De esta manera, el concurso italiano tuvo entre nosotros un valor constructivo que se refleja en las apariencias del adelanto alcanzado. Italia, a su vez, encontró aquí las ventajas que buscan, dentro de las condiciones inmediatas de comodidad y de acceso, los pueblos sobreabundantes para los cuales la descongestión producida por la emigración representa un deseo máximo. Esta doble situación señala indudablemente a uno y otro Gobierno la oportunidad de una política que se aparte de los fríos cánones observados hasta hoy y se manifieste en algo que responda más concretamente, en lo sentimental y en lo material, a los factores que intervienen como índices permanentes de esa vinculación.

La diplomacia que auspicia el Gobierno de Italia tiende a exteriorizarse en una forma más calurosa y persuasiva, digna de esa fraternidad que se viene cimentando desde hace tanto tiempo por obra material de aquella

(Pasa a la página 300).